

Huida con cuento, sin cuento y con cuentas de la Monja Alférez Catalina de Erauso (1585-1652)

Benito Pelegrín

- Resumen** | La historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso (1585-1652), escrita por ella misma, viene marcada por la huida. A los quince años, huye de su convento de Saint-Sébastien. Esa huida desencadena huidas en serie a lo largo de su vida, dictadas por la urgencia, la necesidad de disimularse y protegerse. Disfrazada de hombre, lleva en las Américas, durante más de veinte años, una vida picaresca de fogoso espadachín y valiente militar. Condenada a muerte, debe su salvación a la confesión final de su sexo e identidad. Famosa entonces, consigue del Rey una pensión vitalicia y la autorización del Papa de seguir con el traje de hombre que le valió su sulfúrea fama.
- Este escrito presenta los resultados de una investigación minuciosa de orden literario, en el marco de la investigación cualitativo-interpretativa y con un análisis metódico de datos cualitativos desde modelos de análisis del discurso y la investigación histórico-literaria.
- Palabras clave** | Huida, travesti, género, memorias reales o ficticias, virgen guerrera, picaresca femenina.
- Abstract** | **Flight with a Tale, without a Tale, and with Counts of The Nun Lieutenant Catalina de Erauso (1585-1652)**
- The story of The Nun Lieutenant, Catalina de Erauso (1585-1652), written by herself, is marked by flight. At the age of fifteen, she runs away from her convent of Saint-Sébastien. That flight triggers other flights throughout her life, dictated by urgency, and her need to remain unnoticed and protected. In a man's disguise, for over twenty years she lives the picaresque life of a swordsman and brave military man in America. Sentenced to death, she owes her salvation to her ultimate confession of her sex and identity. Famous by then, she obtains a lifetime pension from the King, and the Papal authorization to keep wearing the man's garments that earned her fame.
- This paper shows the results of a detailed literary study, within the frame of qualitative-interpretive research, with a methodical analysis of qualitative data from discourse analysis models, and from historical-literary research.
- Keywords** | Flight, transvestite, gender, real and fictional memories, warrior virgin, female picaresque.
- Recibido** | 04 de abril de 2011.
Aprobado | 10 de mayo de 2011.
- Cómo citar este artículo** | PELEGRÍN, Benito. "Huida con cuento, sin cuento y con cuentas de la Monja Alférez Catalina de Erauso (1585-1652)", en: Revista S. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, vol. 5, 2011.

Cuando uno lee esta historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma¹, se da cuenta, desde las primeras líneas, que esa vida está bajo el signo, el sino de la huida.

Hasta su mismo nombre huye de la fijeza. La historia, los papeles numerosos que documentan históricamente su existencia la nombran Catalina de Erauso, pero también la registran bajo la grafía de Herauso, Erausso y hasta Araujo, este último apellidado en un relato mejicano del final de su vida, de 1653, firmado Catalina de Jesús y Araujo, grafías tal vez explicables por las vacilaciones orales y la pronunciación en la época de la *s* intervocálica, aún sonora y no sorda, y de la jota (*j*) o equis (*x*) fricativas, también sonoras en aquel entonces, sin descontar las diferencias posibles entre la pronunciación americana y la peninsular.

Su fecha de nacimiento es igualmente algo huidiza: en la segunda línea, afirma ser nacida en 1585, en San Sebastián, pero la fe de bautismo que se ha descubierto indica que fue en 1595; en cuanto al retrato que de ella hiciera en 1630, en la cumbre de su fama, Francisco Pacheco, el suegro de Velásquez, le atribuye 52 años por esa fecha ("ætatissua 52 annos"), lo que la haría nacer en 1578, error manifiesto². Tras su regreso a España y su ida a Italia para ver al Papa, vuelve a América y muere en Méjico, camino de Vera Cruz, en 1652.

¹ ÁNGEL, Esteban (ed). Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma. Madrid: Cátedra, 2002. Sobre la historia del texto original perdido, el prefacio de Esteban es muy detallado. Solo recuerdo aquí que Catalina, a su vuelta a España, lo hubiera depositado en 1625 en casa del impresor madrileño Bernardino de Guzmán. Se encontraron, entre los numerosos documentos oficiales que existen sobre la monja, tres textos contemporáneos de aquel depósito, tal vez dictados por ella misma, uno en Sevilla, y otro en Madrid, al parecer sacados del original, de la época misma en que, en persona, estaba negociando ante el Rey Felipe IV y el Consejo de las Indias una pensión vitalicia por sus servicios a la Corona y la autorización de seguir vestida de hombre, pidiendo además el pago de los gastos de viaje para su regreso a América, donde acabaría su vida. El tercer texto, más tardío, es mejicano (1653), firmado por Catalina de Jesús y Araujo, y cuenta la continuación de su vida desde su salida de Roma en 1626 y su muerte camino de Vera Cruz en 1652. Es de un estilo lejos de la sobriedad de los primeros. Recientemente, en 1992 y 1995, en Zaragoza y Sevilla, se han descubierto otros dos textos de contenido semejante; el primero titulado *Relación de una monja que fue huyendo de España a Indias*, al cual se hallan adjuntos documentos del obispo de Guamanga sobre su virginidad.

² Retrato en el Museo de Aquisgrán, Alemania.

De buena nobleza vascoence, la ingresan en el convento de dominicas de su ciudad natal a los cuatro años. Un día, estando en el año de noviciado, una reyerta la opone a una viuda, "monja profesas". Cuenta así: "era robusta y yo muchacha; me maltrató de manos y yo lo sentí". Aunque se esté en un convento cristiano, no por ello se tiende la otra mejilla a las injurias. En todo caso, no la de nuestra novicia Catalina. A falta de no llevar la de ganar como en su futura carrera, parece que ese incidente la induce al acto fundador de su vida, la huida. Con una precisión cronológicamente minuciosa, que es como un signo que la define, sigue: "a la noche del 18 de marzo de 1600, víspera de San José...".

Estamos en el segundo párrafo de su libro. Y nos explica tranquilamente la estratagema, demasiado precisa como para no ser calculada en esta persona que tan bien sabrá calcular en toda su existencia, con que se apodera de las llaves del convento en la celda de su tía la priora: "tomé allí unas tijeras e hilo, y una aguja; tomé unos reales de a ocho que allí estaban, tomé las llaves del convento y salí".

Desorientada en una calle que ni conoce, "sin saber por dónde echar ni adónde ir"³, se acoge en un castañar detrás del convento, donde nos dice, siempre con su precisión, que quedó tres días. Allí, de sus ropas monjiles se hace un vestido de hombre, se corta el pelo, abandona sus harapos y parte la tercera noche, echando, dice, "no sé por dónde".

Esta fuga extraordinaria de una muchacha de quince años, según dice, va a desencadenar una serie de huidas de esta monjita, que va a ser una fugitiva múltiple tanto como, cuando no asesina, una homicida múltiple. Esas huidas son dictadas por la urgencia, la apremiante necesidad de disimularse y protegerse. Si mal no me equivoco en ese vértigo escurridizo de Catalina, llegué a contar dieciocho huidas para los veinticinco años que cubre su relato.

Si la fuga esencial (terminando su noviciado, en la raya de lo irremediable de los votos religiosos) es probablemente deliberada a pesar de esa testarudez, de ese arranque contra la monja profesas que le pega, es la indeterminación, el azar, lo que

³ ÁNGEL, Esteban (ed), op. cit., 95.

sin embargo parece gobernarla las más de las veces, como juguete de las circunstancias. En esas circunstancias, obviamente, está voluntariamente comprometida, pero desencadena luego mecanismos repetitivos: infracción, delito, fuga para evitar, mas no siempre; diligencias contra ella, persecuciones y prisión. No obstante, dos veces, expresa una manifiesta voluntad de actuar a su gusto cuando se le ofrece la oportunidad.

La reyerta con la monja mayor que la obliga forzosamente a someterse y tomar la fuga a falta, seguramente, de poder vencer, es como un sino y, a todas luces, un signo persistente de su vida ulterior: ya no dejará nunca de desquitarse, de tomarse la revancha de esta humillación fundadora y de vengarse de todos aquellos que intenten batirla, combatirla. Ya nunca más se someterá a la fuerza, aunque se vea a veces arrastrada a la fuerza por varios enemigos, forcejeando como un diablo.

1. Su vida

Así, en el año 1600, según cuenta, en el albor de un nuevo siglo, por la transgresión y fuga nace una nueva identidad y vida, borrando el pasado con el abandono de sus hábitos monjiles. Pero no su hábito de persona al parecer ya colérica, puntillosa, quisquillosa cada vez que la molestan, irreductible, rebelde, con las consecuentes huidas encajonadas, como manteniendo, diríamos, hasta en riesgos de muerte, la ufana divisa: "Genio y figura hasta la sepultura".

1.1. Nombre masculino: Loyola

En cuanto se viste de hombre, Catalina habla de sí misma como hombre, al masculino. Solo volverá a hablar de sí al femenino en el momento en que, para salir de la trampa judicial que la amenaza de muerte, se ve impelida a confesar su sexo verdadero al obispo de Guamanga, quien le impone de nuevo vestidos de mujer. Yo la/lo llamaré según venga y convenga al caso, estando nosotros a la vez fuera y dentro del disfraz.

Tras su huida, se había dado una identidad masculina, Francisco Loyola. No sé si se pueda olfatear alguna ironía en este auto bautismo de una monja que colgó el hábito, disfrazada de varón y

ocultando su identidad bajo el apellido, por cierto vascongado como ella, de Loyola. Es el nombre de una pequeña ciudad de su país natal, pero ya ampliamente famosa merced a Iñigo o Ignacio de Loyola (1491-1556), el fundador de la ya famosísima Compañía de Jesús, beatificado en 1609, nombrado santo patrón de las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya. Su proceso de canonización, forzosamente iniciado antes de la beatificación; *Ejercicios espirituales*; anterior (1622)⁴, era por aquel entonces de gran actualidad. Su autobiografía dictada a un compañero casi en vísperas de su muerte (1556), a pesar de ser publicada como 150 años después, no se desconocía. En cuanto a sus *Ejercicios espirituales* (1548) eran famosísimos y no se podían ignorar en casas religiosas, tanto más que los jesuitas eran especializados en la dirección espiritual, sin exceptuar conventos de mujeres, pues su castidad era reconocida, subrayándolo más tarde incluso Voltaire, alumno y enemigo suyo. Además, yo recalcaría que Ignacio, de juventud traviesa y bulliciosa⁵, soldado, recibe la revelación tras una herida en un combate y se convierte en religioso peregrino (nombre que se da en su autobiografía), fundando una orden de estructura militar: en suma, una trayectoria inversa de la de nuestra monja que se hace peregrina militar, convertida en mozo pendenciero como veremos.

1.2. Vagabundo y mozo de muchos amos

Vaga algún tiempo en la misma región, como si vacilara en cortar un invisible cordón umbilical. En Vitoria, "sin saber a dónde acogerme"⁶, dice, pasa por casa de un pariente catedrático sin darse a conocer, hasta llega a que la empleen porque sabe mucho de latín y tanto que el dueño de casa, un maestro que se encariña con este mozo, quiere proporcionarle estudios. Ella (mejor dicho, él) se niega, se resiste a pesar de los golpes que le propinan: "viéndome rehusarlo me porfió, y me instaba hasta ponerme las manos. Yo con esto determiné dejarle, e hícelo así".

⁴ Canonizado al mismo tiempo que Francisco-Javier y Teresa de Ávila.

⁵ Ignacio confiesa de su juventud que estaba: "dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra."

⁶ *Ibidem*, 95.

Segunda vez que le pegan y, tal vez porque no puede con él, se da a la fuga. Había permanecido en esa casa, "cosa de tres meses", precisa, y huye. No sin haber robado. Siempre con esa precisión que parece meticulosa o milagrosa en un relato de tantos años, o manía o dote que denota en todo caso una gran habilidad en negociar, añade: "cogíle unos cuartos, y concertándome con un arriero que partía para Valladolid en doce reales, partí con él, que dista cuarenta y cinco leguas"⁷. A lo largo del texto, siempre nos dará con esa precisión duraciones temporales, nombres de gentes encontradas, lugares, distancias, precios de mercancías, pérdidas y ganancias. Son como los signos, los mojones concretos de la huida, que siempre necesita recursos, encuentros casuales, y viva conciencia de la distancia que se quiere interponer entre el lugar de la fuga y la parte en que se busca el anonimato protector.

Otro signo distintivo de nuestra Catalina/Francisco es, como dije, su facilidad en negociar sus viajes por pequeños empleos para sobrevivir. Se complace insistidamente en recalcar que gentes tratadas y amos hallan amable y bueno a este joven, se encariñan con él. Dos veces que lo toman por paje, bien vestido y bien tratado, como lo subraya con gusto⁸, a diferencia de los dos, monja y maestro

⁷ *Ibíd.*, 96.

⁸ ÁNGEL, Esteban (ed), op. cit., cap. I, "me vistió luego bien" (p. 96); "bien tratado y bien vestido" (p. 97). En el texto, entre paréntesis, solo dará el número del capítulo en cifra romana, seguido de la página. En otra parte, será su tío, capitán del barco, que no la conoce evidentemente, el que le manifieste simpatía y brinde protección a ese grumete inexperto, que confiesa haber tenido problemas en ese oficio: "Inclinóseme mi tío sin conocerme y hacíame agasajos [...] y tuve en él gran arrimo". Eso no le impide desaparecer para no volver a España, robándole (p. 99); en el cap. III. Su nuevo amo, satisfecho de su empleado, le manifiesta "gran cariño", "con todo buen trato", le ofrece dos trajes hermosos (p. 102); hasta quiere librarlo de un mal paso casándole con su querida como se verá más adelante, la cual no es menos tierna ("me acariciaba mucho"), hasta deseando acostarlo en su cama (p. 104); el mercader lo ayuda a huir, lo recomienda a otro (p. 107.) que lo acoge del mismo modo (p. 109); le toca luego el turno a su mismo hermano, con cargo en la compañía en la que se alista, que solo sabiéndolo vizcaíno, sin conocerle, le pide noticias de su familia, lo invita a su mesa, se le encariña y lo protege durante tres años hasta que un malentendido a propósito de una mujer los separa (p. 112-113). Más lejos, una mestiza lo encuentra medio muerto tras haber pasado los Andes, lo cura, lo alimenta, lo viste ("tratándome bien y regalando mucho"), lo quiere casar con su hija y luego el secretario del obispo de Tucumán lo acoge con igual simpatía ("me festejó") y lo presenta a un canónigo que lo quiere casar

que lo maltrataron. En Valladolid permanece siete meses de paje en casa del primer amo, secretario del Rey y protector del convento de dónde huyó, pero, cruzando a su padre que andaba en búsqueda suya, vuelve a huir, llevándose "cosa de ocho doblones"⁹; se ajusta, dice, con otro arriero y parte rumbo a Bilbao, confesando: "sin saberme yo qué hacer ni adónde ir, sino dejarme llevar por el viento como una pluma"¹⁰.

Camino de como "cuarenta leguas", apunta, llega a Bilbao ("no sabía qué hacerme"). En ese desamparo, otro incidente es revelador de su personalidad, de ese temple reactivo y vindicativo: unos muchachos notan seguramente ese extraño chico errante, le molestan sin duda, "hasta verme fastidiado", dice, y nuestra monjita disfrazada de varón, tiene una réplica contundente con piedras certeras que hieren gravemente a uno de los chicos, lo que le vale un mes de cárcel, el primero y no el último ingreso.

Más tarde, en América, jugando a los naipes en una taberna del Cuzco, divisa una insistente e indiscreta mano que intenta hurtarle disimuladamente unas piezas: sin más, saca la daga y clava la imprudente mano en la misma mesa¹¹. Es nada menos que la mano del "Nuevo Cid", un valentón famoso que nuestra macha valentona llegará a matar finalmente más tarde.

Mas por ahora, nuestra monjita tráfuga pasa de Bilbao a Estella de Navarra, que "distará, veinte leguas a lo que me parece", cuenta. Se acomoda de paje de un caballero santiaguista, en casa de quien permanece dos años, "bien tratado y bien vestido"¹². Acto seguido, no sin bizarría, escribe: "Pasado ese tiempo, sin más causa que mi gusto,

con su sobrina ("se me inclinó y acarició y regló"), vistiéndolo lujosamente y regalándole oro (p. 122-123). El mismo encanto parece enternecer al obispo de Guamanga que recibirá su confesión y a las monjas que la acogen en Guamanga y Lima. En Madrid y Roma, misma buena acogida, seguramente debida a su celebridad.

⁹ *Id.*, 97.

¹⁰ *Id.*, Chap. I, p. 97. À Bilbao, encore, "no sabía qué hacerme"; "sin saber yo qué hacer ni adónde ir, sino dejarme llevar del viento como un pluma".

¹¹ *Id.*, cap. XVIII, 152.

¹² *Id.*, 97.

dejé aquella comodidad y me pasé a San Sebastián, mi patria, diez leguas distante de allí.”

Con esa vuelta al solar natal, parece poner a prueba su nueva identidad varonil, “bien vestido y galán”¹³ y hasta se atreve a oír misa en su propio convento, viendo a su madre, que no la reconoce. Unas monjas le llaman al coro pero, sin darse por entendido, el fingido garzón les hace “mucha cortesía”, y, seguramente por prudencia, nos dice: “me fui”. Otra huida en suma.

De allí, sale para el Puerto de Pasaje, distante de “una legua”, se ajusta con un capitán “en cuarenta reales”; llega a Sanlúcar, pasa “dos días” en Sevilla, vuelve a Sanlúcar: “senté plaza de grumete en un galeón”, nos dice; cuyo capitán era un tío materno suyo de quien no se da a conocer, que, sin embargo, se aficiona a ese mocito, lo protege y lo tomará luego a su servicio particular¹⁴. Pensaríamos en una oscura solidaridad de la sangre si eso no pasara con otros tantos amos, todos buenos al parecer. Es de suponer, y esto resalta a la lectura, que Catalina/Francisco tiene don de gentes; es al menos lo que nos insinúa con insistencia. Siempre será ella (él) la que abandone el empleo y al amo para darse a otra fuga, porque nunca se nos menciona que la hayan despedido hasta aquí.

Precisa tres veces que esto ocurre el año de 1603, el “lunes santo” por más señas. Y, terminando el primer capítulo de su autobiografía, que consta de unas escuetas cuatro páginas, helo embarcado para Punta Araya.

Ya no citaré siempre su constancia en dar distancias entre ciudades, que hace de su relato también un importante testimonio sobre la América colonial, las dejaré en notas, aparte de aquellas de inmediato interés cuando añade el tiempo del recorrido, que nos da una valiosa escala de espacio/tiempo. Tampoco nombraré, salvo cuando fuera menester, la precisión asombrosa de los nombres de los personajes que recuerda, todos fehaciente-

mente comprobados, excepto unos pocos casos, por la crítica y la historia.

Empieza su epopeya americana, la primera batalla, al llegar, contra piratas. Punta Araya, Cartagena (“ocho días”), Nombre de Dios, cerca de Durango (México) (“nueve días”), Panamá. Lo veremos negociante, mayordomo, eficaz resero a la cabeza de un centenar de indios, dando siempre satisfacción a sus dueños, hasta investigador policial y juez¹⁵. Es sobre todo un temible espadachín varias veces encarcelado, condenado a muerte, soldado y alferez famoso por su valentía. En su carrera, el fingido varón recorre gran parte de la América latina, de México a Chile, Panamá, Cartagena, Bogotá, Trujillo, Tenerife, Zaragoza, Manta, Paita, Saña, Guamanga, El Callao, Lima, Cuzco, Potosí, Guilcomayo, Guancavélica, La Paz, Valdivia, Nacimiento, Concepción, Paicabí, Purén, Cochabamba, Piscobamba, la Mizque, las Charcas, Tucumán, La Plata, etc., cruzando también los Andes. Lo notable: cada vez nos da las distancias que separan las etapas de recorrido en una precisión u obsesión numérica. A esa América latina vuelve tras su viaje a España e Italia, muriendo, se dijo, otra vez de resero, en México.

Se hace “borrar la plaza de grumete” y pasa a servir a su tío que tanto cariño le propina sin saber quién es. Pero, “embarcada ya la plata” para la vuelta a España, tranquilamente confiesa: “yo le hice un tiro cuantioso a mi tío cogiéndole quinientos pesos”, y se da otra vez a la fuga “a las diez de la noche”, los barcos listos zarpando “una hora” después¹⁶.

Se acomoda con otro capitán de Cartagena: “de allí cuatro o seis días nos partimos para Panamá”, residiendo en ese lugar “cosa de tres meses”. Dueño este no malo pero “escaso”. Dice: “me hube de despedir para buscar por otra parte mi remedio. Haciendo mi diligencia, descubrí [a] un mercader de Trujillo, y acomodéme con él”¹⁷, quedándose allí otros “tres meses”.

¹³ Id., cap. I, 97. Las notaciones, aun sucintas, sobre los trajes que le proporcionan sus amos, revelan su sensibilidad que diríamos, pese a todo, femenina.

¹⁴ Ib., cap. II, 99: “Inclinóseme mi tío sin conocerme y hacíame agasajos [...] y tuve en él gran arrimo.” Cf. N. 3.

¹⁵ Véase cap. XIV, p. 142, su elíptica relación de un caso que investiga y juzga en Piscobamba.

¹⁶ Id., 99-100.

¹⁷ Id., 100.

Con unos pocos, se salva de un naufragio porque sabe nadar¹⁸. El mercader, en esos tres meses que lo conoce, le manifiesta una gran confianza. En el puerto de Paita, lo emplea para que su hacienda "toda por sus números la fuese descargando, y toda por sus números se la fuera remitiendo"¹⁹. El amo se marcha para Saña, lo deja y Catalina/Francisco cumple perfectamente el cargo, remitiéndole en Saña²⁰, con exactitud la mercancía.

También lo trata bien el mercader satisfecho de su trabajo, se encariña con él: "hízome luego al punto dos vestidos muy buenos, uno negro y otro de color, con todo buen trato"²¹.

Lo pone en una tienda suya en un oficio de responsabilidad, fiando de su honradez: "mucha hacienda, que importó más de ciento treinta mil pesos", dejándole por escrito los precios de los géneros y cosas que debía vender: "dejóme dos esclavos que me sirviesen, y una negra que me guisase; y tres pesos señalados para el gasto de cada día"²².

El talento mercantil de la narradora no es poco y ahí notamos otra vez su maniática precisión en sus ajustadas cuentas: "fui cobrando y asentando en mi libro, con día, mes y año, género, varas, nombres de compradores y precios, y de la misma suerte lo fiado."

Pero no se fía con exceso de doña Beatriz de Cárdenas, que se descubre luego como amante del mercader, la que va sacando y sacando ropa por su cuenta, y tanta que se lo escribe al mercader en Trujillo, respondiéndole este que le diera todo lo que ella pidiese. Nuestra Catalina o, mejor dicho, nuestro precavido Francisco Loyola conserva esa carta para justificar esos donativos.

Esta anécdota es ejemplar del ingenio de nuestra fugitiva, que parece tomar sensata raíz en ese lu-

¹⁸ Solo con tres hombres, un fraile y un soldado, sobrevive también en El Callao a otro naufragio en un combate naval contra los holandeses y tras "veintiséis días", son abandonados a "cien leguas de Lima". Quedará en Lima "siete meses" (cap. XVII, p. 148-149).

¹⁹ Id., p. 100.

²⁰ "que dista de Paita unas sesenta leguas" (cap. II, 102).

²¹ Id., p. 102.

²² El amo se va para "Trujillo, de allí distante treinta y dos leguas."

gar, y hace resaltar más su genio, malo, que siempre la arranca a desarraigarse, a huir más.

1.3. Otro incidente revelador: teatro

Todo, pues, le iría de molde a nuestra tráfuga en el mejor de los nuevos mundos, si supiera amoldar su temple a lo templado de su oficio sosegado. Pero ocurre un incidente, menor, en un corral de comedia en que degenera en drama: un espectador mal educado se le pone delante, estorbándole la visión del espectáculo. A su pedido de que se apartara un poco, contesta con mal talante. Puja y sobrepuja y el espectador llega a amenazar que le "cortaría la cara". Sin más arma que una daga, sintiendo pues su inferioridad, se va la monja disfrazada: "salíme de allí con sentimiento"²³.

Sabe esto a una huida y recuerda el trauma inicial de la reyerta con la monja mayor y más fuerte: "me maltrató de manos y yo lo sentí". "El lunes por la mañana siguiente", estando en su tienda (pensaríamos como en un lugar de pacificación), ve pasar al ofensor. Cierra la tienda: "tomé un cuchillo, fuime a un barbero, hícelo amolar y picar el filo, como sierra, púseme mi espada, que fue la primera que ceñí".

Parte en busca del que le agravió, lo apostrofa, se presenta desafiante, diciendo: "Esta es la cara que se corta. Y dile con el cuchillo un refilón de que le dieron diez puntos", precisa.

Desenvaina un amigo del herido y ella también, primer duelo, primer adversario derribado: "yo le entré una punta por el lado izquierdo, que le pasó y cayó"²⁴.

²³ Id., p. 103.

²⁴ Notemos con que frialdad casi de acta notarial enuncia las heridas, muchas veces mortales, que inflige a sus adversarios: "le entré una punta no sé por dónde" (Cap. IV, p. 106); "saqué la espada y entréla por el pecho"; "atraveséle los carrillos", "entréle yo una punta por bajo" (Cap. VI, p. 116-117); "le entré una punta" (Cap. XI, p. 132); "entréle una punta y cayó muerto" (Cap. XII, p. 136); "entréle un palmo de espada por las costillas"; en otra parte, basta con que saque la daga, y es la muerte: "Yo saqué la daga, y allí quedó muerto" (Cap. XV, p. 144); "tiréle una estocada", "tiréle otra con tal suerte que se la entré por la boca del estómago". Pero también recibe heridas graves: "dos puntas en los pechos" (Cap. XIII, p. 140); "me pasó la espada de parte a parte y otro me entró un palmo de espada por el lado

Notemos la precisión de las heridas que inflige e infligirá en sus duelos, de las cuales dejó constancia en la notas.

Instinto de la ex religiosa o reflejo del lidiador: se refugia en el sagrado de una iglesia. Pero la sacan de ahí para meterla en la cárcel²⁵. Primera iglesia en que la echa la necesidad y primera prisión americana.

1.4. Primera proposición de matrimonio

Avisado el amo en Trujillo²⁶, acude el mercader y consigue que le quiten los grillos y devuelvan a la iglesia en que queda "tres meses", mientras sigue la causa. Temiendo que lo maten por venganza una vez fuera de la iglesia, el amo acomoda una solución: el contrario abandonará las diligencias si el joven empleado toma por esposa la tía de su mujer. Quien no es otra que doña Beatriz de Cárdenas, la amante del mercader pacificador. Vemos la hipócrita estratagema de la máscara social, contra el qué dirán de la mujer amancebada. Y el arreglo oportunista del mercader que porfía en casar a su amante con su indispensable empleado: "miraba a terneros seguros, a mí para servicio y a ella para gusto"²⁷.

Notamos que el amo salvador, con ese convenio, hace de su dependiente un dependiente en varios sentidos. A todas luces, no le teme sexualmente como rival, o al contrario, (que) le agrada, alegra y excita la situación erótica. Podríamos pensar que el mercader, complaciente tal vez, no pudiera temer mucho eróticamente de ese mozo, probablemente con sexualidad neutral. Pero el caso es que acaba de demostrar capacidad bélica en general prestada a los varones machos y consta, según nos confiesa, que la tal doña Beatriz sentía ya algún cosquilleo físico por ese gallardo joven al que no

izquierdo" (Cap. XVIII, p 153); "derribé de un pistoletazo al ministro", "Descerrajo, y derribo al alguacil; tiróle al negro, y en breve cae de estocadas" (Cap. XIX, p. 155-156); "disparo una pistola, y derribo a uno", "hube de entrar la mano y derribar a uno" (Cap. XX, p. 159); "Entréle al Italiano una estocada de que cayó." (Cap. XXV, p. 172).

²⁵ Id., p. 103.

²⁶ Repite la distancia: "treinta y dos leguas de Saña."

²⁷ Id., p. 104.

maltrataba mucho y que ahora, prometido como esposo, cuando disimuladamente la viene a visitar de noche escurriéndose de la iglesia, quiere probar en su misma cama:

Iba a la casa de aquella señora, y ella me acariciaba mucho, y con son de temor a la justicia me pedía que no volviese a la iglesia de noche y me quedara allá; y una noche, me encerró y se declaró en que a pesar del diancho había de dormir con ella, y me apretó en esto tanto, que hube de alargar la mano y salirme²⁸.

Otra fuga, pues en el peligro de revelar su propio sexo. A pesar de las promesas ("montes de oro") del mercader, se niega evidentemente al matrimonio, y el amo, no rencoroso, le facilita la huida a Trujillo, acomodándole otra tienda con las mismas ventajas, lo que redundará en pro del valor mercante de nuestra Catalina.

Pero si hay huida, hay perseguidores. El pasado reciente la vuelve a alcanzar en su refugio "pasados dos meses". Una mañana, "como a las ocho", estando pagando una libranza de su amo "de unos veinticuatro mil pesos", llegan los contrincantes de Saña. Se sacan las espadas y nuestra Catalina disfrazada y ya diestra en el manejo de las armas: "le entré una punta no sé por dónde y cayó muerto"²⁹.

Lo detienen, pero en camino, entendiendo que era vizcaíno, el corregidor le dice en vascuence que, al pasar por la iglesia, le soltará, y que se precipitara en ella. Complicidad entre vascos que le beneficiará otras veces en trances peligrosos. Otra vez acude el amo benévolo y generoso y no pudiendo nada por él en Trujillo, le hace dos vestidos, le regala "dos mil seiscientos pesos" y le da una carta de recomendación para que huyera a Lima³⁰.

1.5. Galanteo con muchachas

Precisión numérica

Otra vez pasma la precisión numérica de la narradora. Lo mismo que los nombres exactos de los

²⁸ Id.

²⁹ Id., 106.

³⁰ Id., 107.

oficiales bajo los cuales sirvió³¹, en el caso de las duraciones precisas del tiempo pasado en oficios o bajo la bandera real, se entiende, como necesidad de acreditar, por el relato biográfico, los datos de actos de servicio que figuran en los expedientes oficiales que mandara al Rey para obtener la pensión y rango que estimaba merecidos. Aunque tanta insistencia numérica no se ajusta a esa hipótesis. Con los números de distancias y sumas de dinero, me sabe a veces como si mediante ellos nos entregara los signos de la seguridad financiera y geográfica de sus huidas conforme pone tierra por medio. No falta, en esa casi permanente necesidad de la fuga, cuando no parece demasiado apremiada por la urgencia de la huida y del disimulo, una curiosidad turística ya manifestada en Sevilla. Aquí también la expresa: "estúveme un par de días viendo el lugar", dice de Guancavélica³². Pero linda su visión a catálogo que fuera turístico si no se contentara con vagas menciones de ciudades que no son más que un descriptivo otra vez en cifras:

Partido de Trujillo y andadas más de ochenta leguas, entré en la ciudad de Lima, cabeza del opulento reino del Perú, que comprende ciento y dos ciudades de Españoles, sin muchas villas, veintiocho obispados y arzobispados, ciento treinta y seis corregidores, las audiencias reales de Valladolid, Granada, Charcas, Quito, Chile y la Paz. Tiene arzobispo, iglesia catedral parecida a la de Sevilla, aunque no tan grande, con cinco dignidades, diez canónigos, seis raciones enteras y seis medias, cuatro curas, siete parroquias, doce conventos de frailes y de monjas, ocho hospitales, una ermita (inquisición y otra en Cartagena), universidad. Tiene virrey, y Audiencia real que gobierna al resto del Perú, y otras grandiosidades.³³

Mismo tipo de descripción del Cuzco:

Llegué al Cuzco, ciudad que no reconoce ventaja a Lima en vecinos ni riquezas; cabeza de obispado, dedicada su catedral a la Asunción de Nuestra Señora, servida por cinco dignidades, ocho canónigos, ocho parroquias, cuatro conventos de religiosos franciscos, dominicos, mercenarios, agustinos; cuatro colegios, dos conventos de monjas, tres hospitales.³⁴

³¹ Si bien se han notado algunos errores o de la narradora o de los copistas, la mayoría de los nombres mencionados de oficiales, gobernadores, corregidores, etc., parecen exactos.

³² Id., 156.

³³ Id., 108.

³⁴ Id., 146.

Guamanga es la ciudad esbozada con mayor detalle y aprecio:

Salí a ver la ciudad, parecióme bien, y de buenos edificios, los mejores que vide en el Perú; vide tres conventos, de franciscos, mercenarios, y dominicos; y uno de monjas, y un hospital; muchísimos vecinos Indios, y muchos Españoles; bello temple de tierra, fundada en un llano, sin frío ni calor; de grande cosecha de trigo, vino, frutas y semillas; buena iglesia, con tres dignidades y dos canónigos, y un santo obispo fraile agustino, don fray Agustín de Carvajal³⁵. [Al que con razón puede calificar de santo pues será el que la salve de una muerte inevitable tras su confesión].

Suponen estas precisiones, por supuesto, una reconstrucción erudita cuando escribiera o dictara su relato en el barco de vuelta a España, más que improbables apuntes sacados durante su azarosa vida.

Pero la dejamos en su huida a Lima. Otra vez, gracias a la carta de su amo, el nuevo lo recibe "en su casa con mucho agrado y afabilidad". Y "a pocos días", "con mucho agrado y contento", le entrega su tienda, señalándole "seiscientos pesos al año".

Vemos en este nuevo lance la facilidad del trato en la América colonial, por lo menos entre españoles, sin hablar de la solidaridad vasca, o la simpatía y confianza que parece inspirar nuestra heroína/héroe.

Pero, "al cabo de nueve meses", tiempo de un parto, nace un azar. Nos lo cuenta con cierto desparpajo:

Tenía en casa dos doncellas [sobrinas] con las cuales, y sobre todo con una que más se me inclinó, solía yo más jugar y triscar. Y un día, estando en el estrado peinándome acostado en sus faldas, y andándole en las piernas, llegó acaso a una reja por donde nos vio y oyó a ella que me decía que fuese al Potosí y buscase dinero y nos casáramos.³⁶

Al pasar, ejemplo de su estilo elíptico que recuerda o remeda al de Julio César, la relación de la reacción del amo: "retiróse, y de allí un poco me

³⁵ Id., 158.

³⁶ Id., 109.

llamó, y me pidió y tomó cuentas, y despidióme, y fuime”.

Es entonces cuando, contra “doscientos ochenta pesos”, se alista como soldado en las compañías que se levaban para ir a Chile contra la insurrección de los araucanos. Sintiendo lo pasado, echándolo ya de menos, el amo hace “diligencias con los oficiales” para que le borrasen la plaza, devolviendo el dinero. Pero esta vez, se niega el mozo, arguyendo que era su inclinación “andar y ver mundo”.

No sabremos si es voluntad verdadera o necesidad tal vez de seguir huyendo del peligro de un matrimonio del que tal vez la sobrina hubiera convencido el amo. En todo caso sale de “Lima en tropa de mil seiscientos hombres”, “para la ciudad de la Concepción, que dista de Lima quinientas cuarentas leguas”³⁷. Esa distancia, precisa aún, se recorre en “veinte días”³⁸.

1.6. Batallas, galones, duelos

Aquí empieza la parte bélica de su vida que le dará fama como alfárez.

Sin darse a conocer, se encuentra con su hermano Miguel, en puesto en Chile (no la había visto desde muy niña), quien, al enterarse de que ese “mancebito” (lo que nos da una idea de su físico en ese momento) es de su región, le pregunta por si tiene noticias de su familia y se encariña con él, lo protege. Durante “tres años” conviven los hermanos sin descubrirse ella hasta que surge un conflicto grave entre ambos: el hermano solía visitar a una dama, acompañado del seudo Francisco Loyola. Pero éste, ésta, nos confiesa que también la visitaba por cuenta propia, causando celos del hermano mayor que, con sospechas, acechándole, descubre el asunto y lo embiste “a cintarazos”³⁹.

Estos recelos y celos dejan suponer que nuestro mancebito no carecía, como lo vimos ya con las doncellas del mercader, de atractivo sexual, pero nada nos confiesa aquí su gusto propio ni el por-

qué de las visitas clandestinas a la amada o amante de su hermano. El caso es que la riña es fuerte: herida en la mano por el hermano, la hermana disfrazada replica al parecer con violencia, pues corre a refugiarse otra vez en una iglesia, por temor al gobernador, saliendo castigada a un destierro a Paicabí, donde quedará otros “tres años”, con un ejército de “cinco mil hombres” contra los indios que asolaron Valdivia⁴⁰.

Participa en batallas importantes y gana, por hazaña señalada, el título de alfárez; arrancando el peligro de su vida, luego de haber recibido heridas de tres flechas y un lanzazo al hombro, y conseguido una bandera a un cacique indio al que mata. Conserva “cinco años” ese rango⁴¹. Está también en la batalla de Purén, sufre muchas heridas, con esperanzas de ser ascendida a capitán ya que suple al capitán muerto “cosa de seis meses”. Pero, enfrentada en un combate a un cacique indio, cristianizado, que se le rinde, lo hace “al punto colgar de un árbol”⁴², lo que le reprocha el gobernador que le niega el cargo. Más tarde, se le dará “el oficio de ayudante de sargento mayor” durante “dos años”⁴³.

1.7. ¿Insensibilidad?

En su relato, descontando los muertos en campos de batalla propiamente militares, habla de ríos de sangre en enfrentamientos contra los araucanos, contra piratas holandeses, o españoles sublevados contra el Rey, inmediatamente ahorcados. Catalina toma su solaz en tabernas, timbas y garitos, y habrá matado a once hombres. Llega hasta a lidiar dentro de una iglesia, ante el mismo altar, escapando otra vez a la justicia por la complicidad de un cura, que sana sus heridas, quedando en ella “cinco meses”⁴⁴. En un duelo nocturno, con otros dos hombres, mata a su propio hermano. Otra vez refugiada en una iglesia donde se celebra el funeral, deja divisar por fin su sensibilidad, da muestra de emoción⁴⁵. La primera vez que llora, lo confiesa,

³⁷ Id., p. 110.

³⁸ Id., p. 111.

³⁹ Id., p. 112.

⁴⁰ Id., 113.

⁴¹ Id., 114.

⁴² Id., 115.

⁴³ Id., 125.

⁴⁴ Id., 140.

⁴⁵ Id., cap. VI, p.118: “¡sabe Dios con qué dolor!”

es durante la pesadilla física del paso de los Andes⁴⁶, a pique de morir de hambre, sed y agotamiento.

En cambio, ninguna compasión mostró por el cacique indio cristianizado que se le rinde, al que manda ahorcar sin más miramientos. Ninguna piedad por ese indiecito chocó, quien, con una flecha, revienta el ojo de un soldado, solo contando, de paso: "Hicimos al muchacho diez mil añicos"⁴⁷. Tampoco se apiada de sí, incluso herida, tras el duelo que la lleva casi a la muerte.

1.8. Colérica, solidaridad vasca

Lo que llama la atención, y más en una fugitiva en quien imaginaríamos más prudencia, sabiendo además sus dotes intelectuales de negociante, es su temperamento colérico, su índole sanguínea y hasta sanguinaria, que nunca escarmienta ni intenta evitar conflicto, sino que se mete siempre en pleitos, en duelos encarnizados que otra vez la fuerzan a huir. No sin pelea consiguen prenderla, llevándola a rastras a la cárcel, cuando no consigue refugiarse en alguna iglesia, en las cuales queda recluida durante meses⁴⁸, asediada por la justicia.

Consigue salirse con la suya y escaparse gracias a la solidaridad y complicidad de compatriotas vascos, que se conocen por el acento y los nombres, aunque ella, criada quince años en un convento, y escritora de su vida y de peticiones de pensiones al Rey, maneja un perfecto castellano.

1.9. Tormento y condena a muerte

Sometida al tormento, se niega a desvestirse; en el potro, resiste, impávida, las primeras torturas, "firme como un roble"⁴⁹, dice, alegando que a los vizcaínos, por privilegio, no se les sometía al tormento. Sin embargo, la condenan a diez años de confinamiento en Chile, sin sueldo.

Sería tal la reputación que sigue o precede a ese pendenciero joven "mal opinado" que, en el Cuzco, le achacan la muerte misteriosa del corregidor, quedando "cinco meses" encarcelado antes de que se averigüe su inocencia⁵⁰.

La impenitente duelista es condenada dos veces a muerte, una vez por error, salvada *in extremis* por la confesión, en el tormento, de los verdaderos culpables⁵¹. La segunda vez, en La Paz, estando ya en capilla antes de la ejecución. El cura le pone en la boca la comunión, ella la escupe en su propia mano, gritando: "Iglesia me llamo, iglesia me llamo"⁵². Escándalo tamaño, la toman por un hereje, pero el cura, al contrario, ve la escena como el milagro de una conversión: le toman la hostia escupida, la ponen en el sagrario y, bajo dosel, con cirios encendidos, en procesión, llevan a nuestra rea al asilo de una iglesia, le raspan la mano, se la limpian. Al cabo de un mes, la justicia que rodeaba la iglesia levanta el sitio y un cura, seguramente con mandado del obispo, le da dinero y una mula, y ella huye hacia el Cuzco⁵³.

Es en esta ciudad donde, injustamente inculpada, pasa cinco meses en la cárcel; apenas liberada, mata al "Nuevo Cid", que la hiere gravemente. En trance de muerte, en el secreto inviolable de la confesión, revela su identidad, que el cura no puede divulgar; recibe el viático y, para protegerla de la justicia, la trasladan a una iglesia de la que, cuatro meses después, sanada la herida, otra vez la ayudan a escaparse: su décima cuarta huida.

1.10. La confesión de Guamanga

La persigue tanto la justicia como los amigos del "Nuevo Cid" y resultan, al parecer, cinco muertos⁵⁴. Alcanzada en Guamanga, protegida por el mismo obispo en su propia casa, para escapar a la pena capital, le revela su verdadera identidad en un resumen lapidario de su vida en nueve lí-

⁴⁶ Id., cap. VII, p. 120: "lloré, y pienso que fue la primera vez".

⁴⁷ Id., 127.

⁴⁸ Id., cap. VI, p. 118: queda encerrada ocho meses en la misma iglesia en que entierran a su hermano, rodeada por soldados; cinco meses en otra tras otro duelo, Cap. XIII, p. 140.

⁴⁹ Id., 131

⁵⁰ Id., 146.

⁵¹ Id., cap. XIII.

⁵² Id., 144.

⁵³ Id., cap. XIV.

⁵⁴ A veces, se contenta con decir que derribó a uno de una estocada o pistoletazo sin que sepa el resultado.

neas⁵⁵, con este final, resumen del resumen: “me embarqué, aporté, trajiné, maté, herí, maleé, correteé, hasta venir a parar en lo presente, y a los pies de su señoría ilustrísima”⁵⁶.

Confiesa haberse conservado, dice, “virgen intacta, como el día en que nací”. Lo confirmará un tribunal de comadres. La visten con hábito religioso, la conducen en procesión nocturna a un convento de monjas, con séquito de toda la ciudad. Es el principio de una fama clamorosa, de su leyenda en vida.

Muere el “Santo Obispo” a los cinco meses y el arzobispo de Lima la pide, dejando en gran desconsuelo las monjas que se habían encariñado con ella. Viaja “en una litera, acompañada de seis clérigos, cuatro religiosos y seis hombres de espada”⁵⁷. Su entrada en Lima es triunfal, ya es conocida por “la Monja Alférez”. El virrey la invita, la deja escoger el convento que le convenga y ella los visita todos, permaneciendo “cuatro o cinco días en cada uno”⁵⁸. Nos deja constancia, siempre con su precisión aritmética del que elige, el de comendadoras de San Bernardo: “gran convento que sustenta cien religiosas de velo negro, cincuenta de velo blanco, diez novicias, diez donadas y dieciséis criadas”.

Permanece en el convento “dos años y cinco meses” hasta que vuelve de España la confirmación de que no había sido monja profesa cuando se fugó del convento. Con mucho sentimiento de las monjas, tras su apoteosis americana, se marcha para España donde la precedió la fama. Aunque su mala fama de jugadora pendenciera la persigue hasta en el barco de vuelta, aun ya conocida como monja, pues raja la cara a alguien, y lo cuenta con desenvueltos eufemismos: “hube de dar a uno un arachuelo en la cara con un cuchillejo que tenía allí”⁵⁹.

Para evitar mayores, la traspordan a otro navío de la flota de su elección.

1.11. España, comedia, Rey, Papa

La leyenda la había precedido. Acude tanta gente para verla vestida de hombre en Sevilla y luego en Madrid, que la fugitiva tiene que huir los efectos de su fama. Estamos en el año 1625. Pérez de Montalván, discípulo de Lope de Vega, que tal vez la conoció, representaba ya una pieza con éxito, *La monja Alférez, comedia famosa*. Manda expedientes al Rey, solicitando pensiones por sus servicios a la Corona, quien la recibe en Madrid cuando vuelve mendigando porque la han robado; y tras de ser detenida y presa como espía española en Piamonte, la recibirá otra vez el Rey en Barcelona y, memorial en mano, manda darle “cuatro raciones de alférez reformado, y treinta de ayuda de costa”⁶⁰. Y sale para Roma a ver al Papa.

Urbano VIII la recibe, escucha el relato de su vida, acepta su petición de seguir vestida de hombre, recomendándole respetar el mandamiento de no matar. La celebra y festeja la corte pontifical: obispos, cardenales, próceres; la rodean, la invitan... está de moda. Dice, complacida: “todos, o los más, me mostraron notable agrado y caricia”⁶¹.

Su relato final, capítulo XXVI, julio de 1626, con escasas nueve líneas, termina en un muelle de Nápoles. Dos damiselas, escoltadas de dos galanes, la miran, y una le hace una pregunta: “Señora Catalina, ¿dónde es el camino?”.

Y, enseguida, la respuesta es brutal: “Señoras putas, a darles a ustedes cien pescozadas, y cien cuchilladas a quien las quiera defender”⁶².

Francisco Pacheco la pinta en 1630. Conseguida su pensión vitalicia, vuelve a México y muere siendo resera, camino de Veracruz.

2. Mujeres: huida de lo femenino o aspiración a la virilidad

Paso por alto la cuestión del género, ampliamente debatida por la crítica, en particular norteamericana. Me contentaré con plantear unos problemas

⁵⁵ *Ibíd.*, Cap. XX, 160.

⁵⁶ *Id.*, 160.

⁵⁷ *Id.*, 163.

⁵⁸ *Id.*, 164.

⁵⁹ *Id.*, 166.

⁶⁰ *Id.*, 171.

⁶¹ *Id.*, 174.

⁶² *Id.*, 175.

para intentar exponer una problemática de esa huida permanente.

2.1. Travesti, sexualidad

Queda claro que el travesti asumido toda una vida y reivindicado oficialmente ante el Papa plantea por supuesto el problema tanto del género como el de la preferencia sexual de Catalina/Francisco. La máscara, al parecer, hizo acontecer en ella el ser real, la identidad exterior elegida revelando la verdadera, la profunda: el personaje representado durante toda una vida se ha hecho la persona, el papel apoderándose del actor. Se puede afirmar que hay en ella huida de su feminidad. Pero, en contra de algunas teorías, yo opinaría que, sintiéndose hombre, o feliz como varón, no por ello se pueda sostener que es una lesbiana reprimida: huyó de una comunidad de mujeres para darse a una existencia de camaradería masculina. El convento femenino hubiera seguramente cumplimentado, colmado sus deseos lesbianos ocultos.

Pero, ¿cómo pudo mantener el fraude del sexo, su disfraz durante unos veinte años justamente en ese ambiente varonil?

2.2. La voz

Podemos con razón interrogarnos sobre cómo, en la promiscuidad masculina de barcos y ejército, de las cárceles que conoció, nuestra monja disfrazada pudo preservar sus pudores de hembra y el secreto material de su identidad sexual. Cuando solo fuera la voz, que hoy se considera reveladora del género.

Se puede objetar que el modo de hablar varía según las épocas, las sociedades y las clases sociales. En los textos del siglo XVII, los graves españoles se burlan de la voz nasal, aguda y chillona de los franceses: "tanto cacarear es más de gallinas que de gallos", ironiza Gracián, equivocando graciosamente galos y gallos⁶³. Tampoco parece tener sig-

⁶³ El revolucionario Mirabeau, en las asambleas, ironizaba sobre los aristócratas con penachos de aves y voz en cuello como gallinas en gallineros. También son reveladores los filmes franceses de antes de la última guerra y los archivos sonoros de aquel tiempo sobre la manera aguda de hablar en Francia hasta una época relativamente reciente.

nos sexuales secundarios como la barba. Veremos que pasa por un "capón", un castrado.

Pero sin remontarnos tan lejos, acaba de salir en Francia un libro que también plantea problemas semejantes durante la Guerra de 14/18, en que parece que algunos desertores se disfrazaron de mujer para escapar a la leva. Así, el caso de Paul Grappe, que vivió tranquilamente disfrazado de mujer con su amante hasta la amnistía de 1925, haciéndose famoso por ser "la primera mujer" que saltó en paracaídas. El caso es que se engolosinó con su propio travesti, viviendo de la prostitución con hombres o mujeres, participando gustosamente en orgías bisexuales. La vuelta a su identidad viril parece que lo trastornó y su mujer acabo por matarlo⁶⁴.

2.3. ¿Provocaciones?

No habla de ello y no parece haberse notado, pero tal vez sea la falta de esos signos externos de virilidad, de macho mal cumplido, de hombre cabal, o su aparente debilidad de "mancebito" que, desde la pandilla de muchachos que la agreden en España al espectador en el patio de comedias, sea lo que le acarrea esas provocaciones que los agresores creen sin peligro, y a las cuales ella replica de manera rotunda y contundente, afirmando una virilidad agresiva que causa todas sus huidas sucesivas. Desde la monja que le pegó en el convento a la pelea con su hermano, nunca parece ser la agresora pero sí la víctima que siempre se defiende brutalmente sin pasar jamás por alto la menor ofensa o amenaza.

En cuanto a su virginidad, no parece que haya corrido riesgo alguno y nada delata una tentación carnal, ni atractivo sexual por los hombres que hubiera peligrosamente pasado por homosexualidad.

En cambio, se la vio coquetear, galantear placenteramente con damas, pero se zafa hábilmente de la trampa del matrimonio. El lío con la querida del mercader no queda claro, ni tampoco con la de su

⁶⁴ Fabrice Virgil y Danièle Voldmann, *La garçonnette et l'assassin : histoire de Louise et de Paul, déserteur travesti, dans le Paris des années folles*, édit. Payot, 2011.

hermano, a las que visitaba solo y de noche, sin que sepamos por qué. Se da también el caso de una madre mestiza de india, tal vez en la Argentina, cuando la recogió casi moribunda tras el paso de los Andes, que la trata bien espontáneamente⁶⁵, que la quiere luego casar con su hija. De la muchacha, nos dice con desprecio: "era muy negra y fea como un diablo, muy contraria a mi gusto, que fue siempre de buenas caras"⁶⁶.

Con hartito arte, finge aceptar el matrimonio:

Pasados dos meses, nos vinimos al Tucumán para allí efectuar el casamiento: y allí estuve dos meses dilatando el efecto con varios pretextos, hasta que no pude más, y tomando una mula me partí, y no me han visto más.⁶⁷

Pero, durante la estancia en Tucumán, otro lance de amor paralelo: un cura se encapricha por ese joven, lo viste lujosamente pensando casarlo con su sobrina, que no le parece tan mal a nuestro exigente Francisco. Para convencerlo, hasta le ofrece una gran cantidad de oro a más de la dote, haciendo nuestro fingido novio creer a "la india" que tantos regalos eran dádivas para al casamiento con su hija⁶⁸.

Finalmente, al revés de Don Juan, que daba su mano en promesa de matrimonio para seducir a las mujeres, huyendo luego a caballo, nuestro seductor Francisco, acosado por amenazas matrimoniales, se sube sobre el mulo y huye otra vez: "y hasta aquí llegaba esto, cuanto monté al cabo, y me desaparecí: y no he sabido cómo se hubieron después la negra y la provisora"⁶⁹.

⁶⁵ Hay que notar su insistencia en apuntar la compasión y simpatía con que la acogen siempre. Así, la india, como la llama, le "recibió bien", le "dio bien de cenar", le "dio bien de almorzar", "le dio un vestido razonable de paño", llegando luego a más: "vistíome muy galán, y entregóme francamente su casa y su hacienda", cap. VII, p. 122.

⁶⁶ Id., p. 122.

⁶⁷ Id.

⁶⁸ Nos dice del canónigo, con la misma insistencia repetitiva: "también se me inclinó, y acarició y regaló y convidó para varias veces a comer [...] Vide a la moza y perecióme bien, y envióme un vestido de terciopelo bueno, y doce camisas, seis pares de calzones de ruán, unos cuellos de Holanda, una docena de lenzuolos, y doscientos pesos en una fuente, y esto de regalo y galantería, no entendiéndose dote", *ibid.*, p. 123.

⁶⁹ Id., 123.

Podeos saborear su humor o ironía, llamando "negra" a la mestiza y, sin más comentario aclarador, "provisora" a la supuesta sobrina⁷⁰ del cura a quien le urgía casarla tal vez por embarazada.

2.4. Encanto, retrato

Vemos que nuestro héroe ambiguo se complace en presentarse a nosotros en plan de seductor, granjeándose la gracia de la gente, de amos y damas. Aun cuando se descubre su identidad, nos cuenta que las monjas de los conventos en que pasa intentan detenerla, la echan de menos, lloran las monjas. En Madrid, ya famosa, con lucidez, no se paga de ilusiones cuando la vienen a visitar o divisar vestida de hombre: la miran y se admiran ante ella como si fuera una cosa rara, un prodigio curioso de ultramar. Lo mismo ocurre en Roma. El erudito Pedro Della Valla, que la recibió en casa, escribe de ella este retrato del 5 de julio de 1626, a los 41 años:

Ella es de estatura grande y abultada para mujer, bien que por ella no parezca no ser hombre. No tiene pechos: que desde muy muchacha me dijo haber hecho no sé qué remedio para secarlos y quedar llanos, como le quedaron; el cual fue un emplasto que le dio un italiano, que cuando se lo puso le causó gran dolor; pero que después sin hacerle otro mal, ni mal tratamiento surtió el efecto. De rostro, no es fea, pero no hermosa, y se le reconoce estar algún tanto maltratada, pero no de mucha edad. Los cabellos son negros y cortos como de hombre, con un poco de melena como hoy se usa. En efecto parece más capón que mujer. Viste de hombre a la española: trae la espada bien ceñida, y así la vida; la cabeza un poco agobiada, más de soldado valiente que de cortesano y de vida amorosa.⁷¹

2.5. Travestismo en el siglo XVII

La Biblia condena terminantemente el travestismo de uno y otro sexo, pecado nefando⁷². Pese a ello,

⁷⁰ Recordemos la vieja copla de seguidilla, irónicamente alusiva: "Los canónigos, madre, no tienen hijos, / los que tienen en casa, son sobrinicos".

⁷¹ Véase Introducción, p. 60-61. Pedro Della Valle, "El Peregrino", que publica esta carta en el 3^{er} tomo de su *Viaggio* (1677) escrito en italiano, hace un resumen de la vida de la monja explicando que como no tenía barba, sus compañeros la consideraban como un capón, un castrado.

⁷² Véase Introducción p. 48, que remite al *Deuteronomio*, 22, 5: "Que la mujer no se vista de hombre y que el hombre no se vista de mujer, pues quien tal hace se hace abominable a los ojos de Dios".

el caso de mujeres soldados vestidas de hombre, sin duda, por necesidad práctica, se halla muy bien documentado desde la Edad media. Se registra un número bastante importante desde el siglo XVI, seguramente aminorado, pues solo cuando morían en el campo de batalla, en el momento de despojar los cadáveres, se averiguaba la verdadera identidad sexual⁷³.

2.6. La ficción

Sobreabundan los ejemplos literarios de la tradición barroca de las mujeres disfrazadas de hombre, con todos los *quid pro quo* sentimentales y eróticos que arrastran los casos, como en Shakespeare, con la cumbre de *As you like it*, en que Rosalinda finge ser un hombre disfrazado de mujer; o en Lope de Vega y esas damas descocadas que persiguen, vestidas de hombre, al amante infiel⁷⁴. La mujer disfrazada de hombre era seguridad de éxito en los escenarios. Conocemos los anatemas fulminantes de los censores, entre los cuales el grave Mariana, que denunciaba en un memorial la chacona y, peor, "la terrible zarabanda" cuando bailada por una mujer vestida de hombre, espectáculo ante el cual un hombre no podía menos que "prender fuego".

En la novela del abate Prévost, *Mémoires pour servir l'Histoire de Malte ou La Jeunesse du Commandeur* (1741), no parece causar el menor problema de verosimilitud el disfraz de mujer del héroe, caballero de Malta obligado a la castidad, para vivir libremente con su amante, pasando inadvertido. En plena Revolución Francesa, tampoco molesta otra enorme novela de gran éxito, *Amours du chevalier de Faublas de Louvet de Couvray* (1787-1790), cuyo héroe, que algunos pensaban histórico, vive vestido de mujer.

⁷³ Id., véase la introducción muy documentada de Ángel Esteban, 48-51.

⁷⁴ Recuérdese que, salvo en España en que Lope de Vega fue el primero en imponer a una mujer en un papel de mujer, en el teatro, los roles de mujer joven eran desempeñados por muchachos. En cuanto a la ópera barroca, ofrece una extraña puesta en *abyme* de la feminidad ya que los papeles de héroes eran reservados a los castrados y los papeles de hombre joven eran cantados por mujeres, y los de ancianas, por hombres. La tradición lírica de un hombre joven cantado por una mujer pervive hasta el siglo XX en *Der Rosenkavalier*, de Richard Strauss.

2.7. Travestis famosos

Pero dejemos todo lo que sabemos del gusto estético del disfraz y de la máscara en la época barroca para recordar solo algunos travestis oficiales famosos. No cuento a la ardiente duquesa de Chevreuse, multiplicando intrigas amorosas y políticas, huyendo al galope, para no ser prendida por Richelieu, disfrazada de hombre, hacia España, donde llegará a seducir a Felipe IV. Se dan también otros casos circunstanciales de disfraz por la prudencia de no darse a conocer.

2.8. Hombres disfrazados de mujer

Si abundan en la ficción, tal vez como fantasma erótico masculino, la realidad, la historia, no hablan mucho de mujeres disfrazadas de hombre, en cambio, sí, bastante de hombres vestidos de mujer: el abate de Choisy, y su compañero de infancia, el príncipe Philippe d'Orléans, el propio hermano de Luis XIV, vistieron de mujer desde pequeños. Se ha dicho que "Monsieur", hermano del Rey, casado con Enriqueta de Inglaterra, fue voluntariamente feminizado por el cardenal Mazarini para que no fuera potencial rival del futuro Rey Sol, tan devorador de mujeres como de hombres el homosexual Felipe. La función (aquí el juego mujeril, disfraz) creó tal vez el órgano, si se nos permite.

Pero el abate Choisy, historiador, miembro de la Academia Francesa, no es nada miembro homosexual: con el consentimiento de padres de la nobleza, se acuesta con doncellas, en su propia cama, las mima muy estrechamente ante público (se recibía acostado en la cama), hasta organiza el juego de un casamiento con una de ellas, la cual disfraza de hombre, con él mismo de mujer. Lo escribe tranquilamente en sus memorias, *Histoire de l'Abbé de Choisy habillé en femme*, apéndice digamos sin picardía, sus monumentales *Mémoires pour servir à l'histoire de Louis XIV*.

Casanova cuenta que se enamoró de un castrado que se averiguó ser, para su machista alivio (falso o fingido), una cantante disfrazada de hombre, de castrado, para lograr éxito. Pero, excepto en este último caso, no se trata aquí de huida de la realidad ya que esos travestis asumen públicamente su

caso, aunque podamos plantear en ellos la cuestión de la huida, aun ostentada, del género sexual.

2.9. Huida o búsqueda de identidad

Nietzsche apunta: "Man wird das man ist" [el hombre deviene lo que es]. En el caso de Catalina, la huida fundamental determina menos un renacimiento que un nacimiento nuevo, una demiúrgica auto-creación. La huida fundadora del convento es seguida de un auto-bautismo por el cambio de nombre, de sexo literario, ya que nunca se menciona sino al masculino. En cuanto recupera un hábito de monja tras su confesión de Guamanga, vuelve a expresarse al masculino, volviendo a usar el masculino cuando recobra su traje de hombre a su vuelta a España: el traje, pues, cubre, recubre, la identidad, está en adecuación, desde la superficie, con algo interior, real, un dato que ha fantaseado durante toda su vida.

El Rey primero, luego el Papa, aportan caución y unción, protección y bendición, al menos a su identidad sexual reasumida por su nombre femenino de Catalina, pero que sigue negando en perpetua fuga por el traje masculino, que tenía valor identitario en aquel entonces, y alférez por más señas: enarbolando el estandarte, en suma, de su ostensible identidad elegida y bisexual de "monja alférez" a partir del momento en que su doble personalidad es notoriamente conocida y reconocida.

Sin embargo, esta auto-gestación y después ese re-nacimiento, ¿será nacer a lo que es (hombre en un cuerpo de mujer) o "no ser" a lo que es en apariencia (un hombre que no es más que una mujer)? No se trata siquiera de una intermitencia sexual, que podría correr pareja a la del corazón y de los sentidos ya que, a pesar de esas aventuras sentimentales ambiguas, su mayor constancia es su identidad externa masculina y su virginidad femenina, cuidadosamente conservada y orgullosamente proclamada, lo que le sirve de salvo conducto final, y de bandera emblemática del triunfo de su vida libremente elegida.

2.10. Identidad guerrera

Su identidad guerrera la sitúa en la larga tradición de mujeres guerreras, desde las Amazonas (de las cuales se cuenta que, fuera del tiempo de la fecundación para reproducirse, huían de los machos). La sarracena Clorinda huye, combatiendo al caballero cristiano Tancredo, a quien ama. Tenemos romances también que narran hazañas de la "Doncella guerrera". Pero la gran diferencia es que Catalina es virgen, y religiosa para más. Aunque proclama que combate por el Rey y la gloria de Dios contra holandeses herejes e indios paganos, nada tiene de Juana de Arco, mujer abiertamente vestida de hombre.

2.11. Memorias y evasión

La redacción de su autobiografía la cataloga entre los memorialista que contaron su evasión de una cárcel: Casanova, escabulléndose de "los plomos de Venecia" en el siglo XVIII; Benvenuto Cellini de Sant' Angelo en el XVI; en el XVII, el Cardenal de Retz, evadiéndose de manera rocambolesca del castillo de Nantes, donde lo aprisionaran Mazarini y Ana de Austria, huyendo de manera no menos novelesca hasta España para, al final, refugiarse en Italia.

Pero, sobre todo, ya que redactada por dos mujeres en sendas memorias, podemos parangonar la huida de doña Catalina con la novelesca huida de Roma de Hortensia y María Mancini, sobrinas del Cardenal Mazarini, y la última que fuera tan amada por el joven Luís XIV, que hasta quiso casarse con ella: disfrazadas de hombres, huyendo sus maridos respectivos⁷⁵. Cada cual redactó sus Memorias.

⁷⁵ Hortensia (1646-1699) era la sobrina predilecta del Cardenal y la dio por esposa, dotándola ricamente, al marqués de la Meilleraye a quien hizo heredero y duque de Mazarin para perpetuar su nombre. Pero ese loco religioso confinó a su mujer, la encerró lejos de la corte y en conventos de donde se fugó, huyendo hasta Saboya y luego Italia de donde huyó también con su hermana. Perseguida en Francia por su esposa, terminará su vida exiliada en Londres. María, huyendo con su hermana la brutalidad de su esposo, el Condestable Colonna, grande de España, huyó por toda Francia en que la decretó Luís XIV indeseable, pensó hallar refugio en Flandes pero ahí fue encerrada por los españoles en un convento de donde logró también escaparse. Se marchó para España donde fue igualmente encerrada en un convento, huyendo otra vez. Sólo pudo volver a Italia a la muerte de su rencoroso esposo. La hermana de entrambas, Olimpia (1638-1708), condesa de Soissons, tuvo que huir

Aquí también, resalta la originalidad de Catalina de Erauso. A diferencia de las precedentes, se trata, repitamos, de una religiosa, claro aun novicia casi en el momento de profesar, es decir, de hacerse esposa de Dios, en una época en que poco se jugaba con esta infracción.

Pensamos también en el caso de Juana Inés de la Cruz, en su valiente carta autobiográfica, en la que batalla contra el arzobispo de México, que llegará a reducirla al silencio, justificando su huida de la corte, su vocación de poeta y sabia, para hallar, a su parecer, paradójica libertad en el convento en el que puede asumir su verdadera identidad sexual en poesía, escribiendo encendidos poemas de amor a la virreina. A un caballero peruano que duda de su sexo, conocemos su ingeniosa y digna respuesta en que se vela, huye:

Yo no entiendo de esas cosas;
sólo sé que aquí me vine
porque, si es que soy mujer,
ninguno lo verifique.
y también sé que en latín
sólo a las casadas dicen uxor, o mujer, y que
es común de dos lo Virgen;
con que a mí no es bien mirado
que como a mujer me miren,
pues no soy mujer que a alguno
de mujer pueda servirle ;
y sólo sé que mi cuerpo
sin que a uno u otro se incline
es neutro, o abstracto, cuanto
sólo el alma deposite.

2.12. Memorias, justificación, glorificación

Los memorialistas de su evasión evocados se sirven de sus memorias sea como auto-glorificación en los casos de Cellini y Casanova, o se nos plantean en el corazón de sucesos de los cuales fueron testigos o actores decisivos como el Cardenal de Retz, que intenta así justificar sus intrigas políticas o aminorar su papel durante la guerra civil de la Fronda que le valdrá cárcel, huida y destierro. Podría aducir otros ejemplos. En cambio, Catalina no parece levantar ningún panegírico personal, a no ser que se esmere en ensombrecer el cuadro de sus hechos o fechorías: todo en ella

Francia de manera precipitado por implicada en l'Affaire des Poisons, el caso de las venenos.

evoca al antihéroe picaresco a pesar de su nobleza rancia.

2.13. Levantar acta

En Catalina de Erauso, la otra diferencia con esas mujeres huyendo por razones explicadas largamente, maridos o servidumbre del casamiento, aunque se siente que se pone en escena no sin gusto, en particular en breves diálogos, es que no explica nada, no justifica nada, no aporta nada a la gran historia como esas excelsas heroínas; sí mucho al conocimiento de la América colonial. Su texto es conciso, lapidario, con una escritura elíptica de frases muchas veces nominales, sin floreos. Parece un mero atestado de hechos, de datos, que hubiera encantado a Stendhal quien, desechando la prolijidad romántica, quería llegar a un estilo de Código civil. Estas memorias son prácticamente un memorial en prueba de aquellos sucesos que mandó al Rey para pedirle le renta vitalicia que estimaba merecer por sus servicios, y la autorización de seguir vestida de hombre, siguiendo su trayectoria existencial.

2.14. Entre verdad y ficción autobiográfica

Este relato autobiográfico femenino, en que lo verdadero puede ser inverosímil, la coloca también entre los relatos en que la ficción se las da de realidad, tales las autobiografías novelescas como la *Pícara Justina*, su contemporánea (Francisco López de Úbeda, 1605)⁷⁶, o más tardías, *Dichas y desdichas de la famosa Moll Flanders* (*The Fortunes and Misfortunes of the Famous Moll Flanders*), 1722, de Daniel Defoe. Esta última, aventurera, ladrona, fugitiva, pasa de Inglaterra a la Virginia y da vuelta, escapando a la pena de muerte a causa de su preñez; si no mata a su hermano como Catalina, se casa con él sin saberlo, en América, donde también acaba su vida con el fruto de su incesto.

⁷⁶ No hablo del *Retrato de la loçana andaluza* (Venecia, 1528), de Francisco Delicado, pues su forma dialogada no responde a lo que se entiende por autobiografía. Pero la novela picaresca femenina abunda en España: *La hija de la Celestina* (1612), *La ingeniosa Elana* (1614), de Salas Barbadillo, *La garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas* (1642), de Alonso Castillo Solórzano, etc.

Sin embargo, entre estas verdaderas y falsas memorias femeninas, otra originalidad de Catalina consiste, además de su estilo frío y distanciado con esos breves diálogos humorísticos, en que, de su huida inicial, que inicia todas las demás fugas, solo da las circunstancias, el incidente con la monja que le pegó. Confiesa que llevó la de perder, o al menos la impresión que parece la marcó como al fuego: "lo sentí", sentimiento que se repite a lo largo de su vida, causando sus contundentes o sangrientas réplicas para defender lo que estimaría menoscabos a su dignidad. Efectos que son la ocasión, al parecer, del resto, la huida, las querellas sucesivas arrastrando venganzas, duelos que desencadenan la mecánica de otras huidas. No someterse, sed de independencia a las claras.

Su primera huida, ¿fue la respuesta inmediata a la reyerta o algo, si no premeditado, pensado al menos largamente, el incidente no siendo más que el factor decisivo que enganchó el mecanismo de la transgresión gravísima? Lo podemos pensar cuando vemos que llegaba al límite del noviciado antes de la irreversible profesión. En este caso, huiría primero la clausura conventual definitiva. Más tarde, vimos que afirma su sed de correr mundo.

3. Conclusión

Las tijeras, el hilo y la aguja, el vestido de hombre que se fabrica, el sacrificio de su pelo, pueden primero pasar como una consecuencia de su evasión, una necesidad de la disimulación. Pero, tras esa fundamental ruptura, el que siga vestida de hombre aun cuando ya no había necesidad de disimulo, la perseverancia en el travesti hasta pedir al Papa absolución, permiso, oficialización y hacer perenne su traje; ese tesón en obtenerlo deja pensar que revestir un traje de hombre resulta una máscara reveladora de una identidad profunda que descubrió en sí en aquella ocasión. Claro, resultaba más fácil pasar al Nuevo mundo vestida de hombre, como grumete, que como mujer sometida a la aplastante masa masculina que emigraba.

Pero su posterior entrega guerrera, su gusto apicado de los garitos, del juego, los duelos, sus victorias bélicas, solo pueden llevarnos a concluir que hay una adecuación fuerte entre ese sexo aparente

al que se identifica y el sexo real. A no ser que sea justamente un ahínco en huir en sí lo femenino, en disfrazarla y desmentirla por una subasta de signos de la varonía, del mismo modo que los travestís masculinos exacerban, muchas veces hasta la caricatura, los signos exteriores de la feminidad.

3.1. ¿Religiosidad, fe?

La fuga de un convento puede dejar pensar también en huida de la vida religiosa y de la religiosidad. La vimos volver a la misma iglesia de su convento buscando la prueba de la eficacia de su transformación. En las Américas, como Francisco Loyola, ya no la vemos en una misa, salvo la fúnebre de su hermano, a la cual asiste disimulada en esa iglesia en que halló refugio, y en su celda, en el momento de su prevista ejecución.

Pese a ello, su fe parece profunda; en situaciones dramáticas, ruega a la Virgen, invoca a Dios, la misericordia del Cielo⁷⁷. Huyó pues del convento y la vida monacal, no de la religión. Ironía de su vida, la iglesia, de la cual se reclama, en la cual se refugia varias veces en peligro de muerte, será donde recibirá su salvación, al mencionar su sexo y condición de monja.

Sin embargo, conviene subrayar una escena trágica: condenada a muerte, le instan que se confiese para salvar su alma con gran refuerzo de frailes chillones que la asedian hasta la horca, ella se niega, dice con humor, como un verdadero "Lutero". Al verdugo que, en tal batahola, con tal barullo, no consigue pasarle bien el nudo de la cuerda al cuello, le dice: "Borracho, pónmelo bien o quitámelo, que estos padres bastan"⁷⁸.

La paradoja o el milagro, pero no religioso, del acierto de su empresa, la fragua de su propia leyenda o mito, es que si huyó su habito de monja y su sexo, el dato inmediato de su identidad y la impuesta del exterior por la familia y la sociedad, la eternidad la fija bajo el nombre de género ambi-

⁷⁷ ÁNGEL, Esteban (ed), op. cit, Cap. VII, p. 120.

⁷⁸ *Ibid.* Cap. XII, p. 136. Buen ejemplo de su de su estilo elíptico: "Entró un fraile a confesarme: yo me resistí; él porfió. Yo, fuerte. Fueron lloviendo frailes que me hundían; yo, hecho un Lutero".

valente: la monja alférez, asociación de femenino, monja, y masculino, alférez.

Referencias Bibliográficas

ÁNGEL, Esteban (ed). Historia de la Monja Alférez, Catalina de Erauso, escrita por ella misma. Madrid: Cátedra, 2002.

VIRGIL, Fabrice y VOLDMANN Anièle. La garçonnette et l'assassin: histoire de Louise et de Paul, déserteur travesti, dans le Paris des années folles. Francia: Payot, 2011.

Nota biográfica del autor

Benito Pelegrín es Profesor emérito de la Universidad de Provence (Francia), escritor, dramaturgo, traductor, crítico musical. Doctorado de Estado sobre Baltasar Gracián cuya obra completa ha traducido en la editorial Seuil. Especialista del Barroco y del Neo-barroco (en particular Alejo Carpentier y José Lezama Lima, del cual ha traducido los Cuentos, Oppiano Licario y poesía, participando en la edición crítica de Paradiso para ALCAA Siglo XX. Tiene escritos unos treinta libros.

Correo electrónico

benito.pelegrin@orange.fr
benito.pelegrin@free.fr